

Javier Sebastián
El escapista

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía: © Alamy / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

© Javier Sebastián, 2020

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria
www.silviabastos.com

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-850-2

Depósito legal: M. 92-2020

Printed in Spain

El 17 de septiembre de 1983, Ignacio Alonso Martín, activista revolucionario acusado de atracos y tenencia de explosivos, se escapó de la prisión cambiándose por su hermano gemelo. Había militado en la CNT del País Vasco y en los Escamots Autònoms Anticapitalistes. Cuando se detectó el cambiazo, el hermano del evadido admitió su participación en la fuga. La autoridad judicial decretó su procesamiento por complicidad en el quebrantamiento de la condena. Pero al no tener antecedentes, y como la ley no permite que nadie cumpla pena por otro, el juez lo puso en libertad.

El País, 25 de septiembre de 1983

—Eh, eso ya lo habíamos hablado.

—Bueno, si te refieres a que primero hablaste tú y luego hablé yo, entonces sí, supongo.

Fargo

UNO

La versión de Carmelo

Ser uno de los hombres más altos del mundo no me impide ver las cosas de cerca. Me agacho para mirarlas a la distancia a la que lo hacen los demás o las cojo con la mano y me las llevo a los ojos. Pero no todo es tan sencillo, porque si extiéndolo los brazos con un periódico en la mano apenas distingo las letras, me quedan demasiado lejos.

Altura y distancia de visión no son correlativas. Y es una lástima, porque hubiera sido muy útil como oteador en los servicios de vigilancia. En cambio, aquí estoy, arreglándome las como puedo. Tengo una enfermedad y no es para tomársela a broma.

Los endocrinólogos dicen que en la mayoría de los casos se debe a un adenoma hipofisario. La consecuencia es que mi vida avanza más deprisa que la de los demás. De eso me enteré hace años y es algo que no deja de atormentarme, porque pone plazo a mis días y me obliga a no perder el tiempo.

Me sé de memoria la biografía de Robert Wadlow, que midió 2 metros, 72 centímetros. Llegó a pesar 223 kilos, tenía una talla de pie que equivalía a un 74 y los zapateros le

calzaban gratis para hacerse publicidad. Murió a los 22 años. Puse mucho empeño en aprenderme las vidas del chino Bao Xishun (2,36) y del gran Sultan Kösen (2,51). Agustín Luen-go también fue muy alto, llegó a los 2,35. Después de media vida por los circos, acabó en el Museo de Antropología, donde aún está expuesto.

He elaborado gráficas cartesianas con la altura y la edad que alcanzaron algunos afectados por el adenoma hipofisario y, si las cuentas no me fallan, pronto me anunciará la muerte su fea cara. También podría ser que los neurocirujanos de la Universidad de Virginia aceptaran experimentar conmigo como lo hicieron con Kösen para detener el crecimiento. Les he escrito, pero hasta la fecha no he tenido respuesta. Y la Universidad de Virginia está demasiado lejos como para plantarse allí sin avisar y pedir que lo salven a uno.

Mientras, pienso en lo lento que se mueve alguien de mi estatura y la prisa que llevan las células por extenderse en todas las direcciones, especialmente hacia arriba. Digamos que aquí sí hay una correlación, pero a la inversa.

Mi hermano gemelo es tan alto como yo, por lo que nunca he tenido que agacharme para mirarlo de cerca cuando estamos de pie, él es la única persona que conozco de la que puedo decir una cosa así. Estoy familiarizado con cada una de sus arrugas, conozco la manera en que mueve las mandíbulas al masticar, y esas manos grandísimas que tiene, cuando quiere explicarse mejor y no encuentra las palabras, van de un lado a otro y entonces hay que retirarse. Si no, se llevaría uno un buen golpe.

Recuerdo cuando me preguntó si le quería.

Era martes. Me había pedido que fuera a verlo a la cárcel, donde cumplía condena por un delito contra la propiedad

privada. Insistió mucho en que tenía que ser ese día y no otro. Aunque no tocaba visita, nos abrían la sala para nosotros dos y no hubiera estado bien decir que no.

Mi hermano quería hablar conmigo. Así que adelanté mis vacaciones y me planté allí después de un largo viaje, porque para entonces yo vivía en la isla de Córcega. Tenía una esposa que se llamaba Anne-Charlotte y un empleo en un almacén de pescado de la ciudad de Bastia.

Le llevaba camisetas nuevas y un novedoso complemento vitamínico en sobres solubles que fortalece los huesos y da optimismo. De repente me agarró del brazo, me atrajo hacia él y me lo preguntó sin rodeos: Quiero decir que si me quieres de verdad.

No comprendí a qué se refería, porque eso solo se les pregunta a las novias. A este respecto diré que he tenido varias y que todas me trataron bien. Algunas debieron de decir que sí pensando que con mi estatura todo lo que fueran a obtener de mí habría de ser multiplicado por dos, y no se lo reprocho. Igual mi hermano quería averiguar qué estaría dispuesto a hacer por él, si incluso devolverle el riñón que me donó en caso de necesitarlo.

Y es que entre gemelos uno vive sabiendo que podría ser repuesto por piezas del otro. Resulta duro, pero también tiene sus ventajas, ya que la disponibilidad es mutua. Si un día tuviera que pedirle a mi hermano algún otro órgano de añadidura, y los médicos no vieran inconveniente, estoy seguro de que me lo daría, y no solo porque él sería el donante más indicado, teniendo en cuenta el tamaño de sus órganos y que habíamos nacido de la misma madre, sino porque cuando uno sufre las secuelas de cierta clase de accidentes cualquiera se vuelca.

Y en mi caso ese accidente me sobrevino en forma de disparo.

Nos miramos a los ojos, tragamos saliva los dos.

Una vez más, ¿me quieres o no? Oh, vamos, no es tan difícil.

Los hermanos se quieren y ya está, le contesté. Se sobrentiende.

Pues si me quieres, cámbiate por mí.

Pensé que mi hermano se había trastornado en la cárcel. Su cara estaba a un palmo de la mía y así nos quedamos, como buscando en la mirada del otro a alguien que se hubiera largado muy lejos, y eso que solo habíamos estado sin vernos un par de años, desde que lo encerraron.

Tengo un asunto pendiente ahí fuera, añadió. Volveré en seguida.

Si se enteran de que eres tú el que está en mi lugar, no podrán hacerte nada, no habrás cometido ningún crimen. Solo me habrás suplantado.

Y acabarán soltándote. Porque además entre hermanos es un atenuante.

Aquello me enseñó dos cosas. La primera, que ahí sí había una correlación, pues a mayor consanguinidad, más fácil de perdonar es la falta. Y encima, con un adenoma hipofisario cada uno. Pero lo más importante yo ya lo sospechaba desde hacía tiempo, y es que cuando eres uno de los hombres más altos del mundo en realidad nadie se fija en tu cara. Parece una contradicción y no lo es. Todos te miran, desde luego, pero se conforman con ver a un hombre descomunadamente alto. Hablan de tu estatura, hacen comparaciones y los chistes se les atropellan en la boca. Pero si luego les preguntas por tus rasgos, ni se acuerdan, lo tengo comprobado.

Desperdiciar una oportunidad así hubiera sido faltar al amor propio. Ni Anne-Charlotte ni nadie me esperaba hasta dentro de unos días. Además la sala era tan grande como una cancha deportiva y estaba vacía, y las cámaras de vigilancia tenían el piloto apagado, se equivocaron si pensaban que por una sola visita no hacían falta monitores. Así que, al ver que el guardia estaba en su cabina reparando lo que desde lejos parecía una tostadora, mi hermano y yo nos pusimos a cambiarnos las ropas.

Todo lo hicimos muy tranquilamente y sin dejar de hablar para no llamar su atención, era importante que oyera el murmullo de nuestras voces. La camisa de mi hermano me quedaba como a medida, lo mismo que a él mi chaleco granate, que era de una costura muy vistosa. Lo de los pantalones fue más complicado, porque tuvimos que maniobrar bajo la mesa y nuestras piernas no toleran según qué torsiones. Nos lo tomamos con calma y a los diez minutos él llevaba mi ropa y yo la suya.

Paramos un momento para descansar, porque no sé mi hermano, pero al menos yo estaba sudando de lo lindo. Luego vinieron los zapatos, hubiera sido un descuido bien tonto no cambiárnoslos.

Nos miramos repasando cada detalle, incluso me dio esas pulseras tuyas de cuero para que me las pusiera en la muñeca, son cuatro tiras entreveradas. A cambio se quedó mi gorro. Lo lamenté de verdad, porque ese gorro me gustaba, tenía orejeras e iba forrado por dentro con borreguillo de gran calidad, no me había salido precisamente barato. También se quedó mis gafas para ver de cerca; si él no las llevaba en la cárcel, yo tampoco.

Y no hizo falta nada más, salvo ponernos de pie y dar unos pasos por la sala para confundir a aquel guardia descuidado

y que pensara que el preso era el que ahora iba vestido de preso, el que se avenía a serlo.

A su manera, mi hermano es un hombre de pensamientos elaborados, he aquí una correlación entre estatura e inteligencia. Y es que lo había planeado todo al detalle, pues en la cárcel hay horas de sobra para eso. En cuanto se vio con mi ropa, dijo: No tienes más que imitarme y todo saldrá bien. Muévete como yo, habla como yo.

Si mi hermano se hubiera echado a reír entonces, me hubiera reído con él, porque todo el mundo ha gastado una broma alguna vez. Pero no lo hizo. Al contrario, se puso sombrío.

Te gustará saber por qué tienen aquí a uno de los presos, dijo. Se llama Maravilloso Cortés, no le quites ojo. Sobrino, el de la biblioteca, te pondrá al día.

Mi hermano me ofreció sus muletas, que usaba en la cárcel porque tenía un trastorno circulatorio y los pies se le hinchaban a menudo, se quejaba de que siempre los tenía helados. Luego salió por la puerta caminando como yo, debió de pensar que si nos habíamos cambiado el uno por el otro lo mejor era hacerlo hasta las últimas consecuencias. Eso de que a hombres grandes ideas grandes no es ninguna filfa.

Y ni siquiera me dijo cuándo pensaba volver. Desapareció por la puerta de visitantes y eso fue todo.

Adiós a mi hermano.

En la cárcel no hay nada como ganarse una buena reputación para que confíen en uno, algo que quedó demostrado cuando el guardia dejó el arreglo de la tostadora para más tarde, salió de la cabina, vino hasta mí y me ordenó que lo acompañara. Parecía un hombre resignado a cumplir ciertas

formalidades y me hizo firmar en el recuadro inferior de una ficha de color gris.

Yo sabía cómo garabateaba mi hermano su nombre y me salió a la perfección, él también debía de estar haciendo lo mismo en la oficina de control de salida.

¿Te has despedido?, preguntó el guardia, y a la cara ni me miró. Yo era muy alto, llevaba muletas e iba vestido con el uniforme de preso, para qué quería más. Lo digo, siguió, porque tardarás en tener visita. Te espera el mar.

Supuse que hablaba de manera figurada, como si fuera poeta y con eso del mar se refiriera a lo inacabable que era el tiempo en la cárcel. Sin embargo, estaba seguro de que yo iba a tardar poco en salir de allí, bien porque volviera mi hermano de arreglar sus asuntos, o porque al final acabara hablando y, aunque los carceleros se enfadaran conmigo por suplantador, no tendrían más remedio que soltarme.

Anduve tras él fingiendo la amargura de los presos.

¿El mar? Si usted lo dice.

El guardia se echó a reír, como si me concediera su indulgencia.

En fin, luego te llevo una copia de los papeles, dijo.

Por muy gemelos que sean dos hermanos, cuando uno sustituye al otro y no entiende de lo que le hablan, es mejor callar. Y eso es lo que hice.

El guardia me condujo a una celda que había dos pisos más arriba, adonde llegamos en un ascensor decorado con las fotografías de algunos de los presos más célebres de todos los tiempos, los había americanos y de varias razas. Mientras recorríamos los pasillos, me llegó un olor a café que hizo que me sintiera como en casa. No se puede decir que las instalaciones

estuvieran descuidadas, la verdad es que a mí me causaron muy buena impresión.

En contra de lo que cree la gente, una cárcel puede ser un sitio confortable para vivir. Había un patio interior con bancos donde sentarse, vi un economato en una esquina de uno de los pabellones, una pista multideportes, el corredor estaba recién pintado y el pavimento brillaba como si acabaran de estrenarlo, debían de ponerle zotal.

También había un huerto donde los reclusos cultivaban hortalizas.

Solo una pega, que todo era pequeño. Y no solo para mí. La celda era un cuchitril con cuatro camas de ochenta de ancho, como máximo. Y de largo, no digamos. Yo no cabía. Si la celda hubiera sido individual, lo habría entendido. Pero meter allí a cuatro personas era para poner una denuncia.

Aun así, no quise quejarme. Le estaba pagando a mi hermano el riñón que me donó y la deuda se saldaba sin tener que devolvérselo, eso ya era un motivo para estar contento. Después él volvería a la cárcel, nos cambiaríamos otra vez las ropas, yo me iría por donde había venido y asunto resuelto.

Pero las cosas no ocurrieron exactamente así.

Entré en la celda y el guardia cerró la puerta a mis espaldas. Yo esperaba un portazo, pero tuvo mucha consideración. Se le veían maneras de hombre ceremonioso, de esos que disfrutaban aplicando un reglamento, cualquiera que sea.

Dentro había un preso que desconfiaba de mí de tal manera que en seguida noté que evitaba darme la espalda. Qué le habría hecho mi hermano, tal vez decirle que como levantara la vista, lo mataba. Aunque costara creerlo, igual se había vuelto un canalla en la cárcel, más me valía parecerme a

él si no quería que se supiera que estaba suplantándolo. Y para eso me convenía mantener la cara un poco de lado, algo más que de perfil. El caso era ganar tiempo.

Yo no podía preguntarle el nombre, se suponía que ya se lo dijo a mi hermano cuando los encerraron juntos, por lo que tenía que fingir que lo sabía de sobra. Pero la estatura sí podía preguntársela, porque los centímetros exactos se pueden olvidar fácilmente.

Uno sesenta y cinco, respondió, no sé cuántas veces más me lo vas a preguntar.

Hice como que le daba la razón y todo lo achaqué a mi mala memoria, le dije que me venía de familia. Pero no eran maneras, las de mi compañero de celda. No, no eran maneras. Yo le sacaba un par de palmos y, aunque solo fuéramos a estar juntos unas horas, había que dejar las cosas muy claras cuanto antes.

Me agaché para mirarlo de cerca, fue un segundo, menos.

Quería que supiera que a las personas no se les puede hablar como a uno le da la gana, hay unas normas. Y así, de paso, probaba a ver si se daba cuenta del cambiazo. Las ganas de saberlo eran demasiado poderosas como para seguir dándole la espalda.

Me la jugué y me salió bien, porque lo único que dijo fue que le quitaba el aire. Y tenía razón. Puesta mi cara impo- nente a su lado, la suya parecía de tamaño infantil.

Me senté en un taburete. Era mejor eso que ocupar uno de los catres, no fuera a equivocarme. Entonces mi compañero de celda dijo:

Eh, ya pisas bien con ese pie. ¿Has tenido visita con la doctora Adelaida y te lo ha curado? Porque mira que lo llevabas regular. Bueno, ese y el otro, los dos pies. Una faena.

Me inventé que la mejora era solo temporal, estaba probando una pomada nueva que me habían enviado desde el extranjero. Además, ¿y qué?, le dije, porque hay gente a la que hay que tratar así. Era una forma como cualquier otra de zanjar el asunto y así me hacía valer.

Al levantarme, volqué el taburete. Tengo las piernas tan largas que a veces no las gobiernan bien. Fui a disculparme, pero en seguida vi que podía aprovecharlo para establecer una jerarquía y no quise ponerlo de pie, ahí se quedó.

Mi compañero de celda se sacó de un bolsillo un paquete de avellanas y se puso a comérselas, como si eso lo excusara de decir algo.

Luego volvió a sus cosas y yo a lo mío, que consistía en abrir bien los ojos y esperar acontecimientos. Me propuse hablar poco y ya iría deduciendo. Se acercaba una tormenta de consideración que iba atenuando la luz de la celda, ya de por sí bastante oscura, parecía que fuera a hacerse de noche.

Igual era anticiparme, pero entonces me acordé de que mi hermano me había dicho que iba a gustarme saber por qué estaba encerrado un tal Maravilloso Cortés.

Tenía curiosidad y lo pregunté, lo dejé caer como si tal cosa.

Cada cual paga por lo que hizo ahí afuera, dije.

Mi compañero de celda chascó la lengua con la manse dumbre de quien no tiene otro plan para los próximos años que esperar a que pasen.

Todos pagamos, insistí. Incluido Maravilloso Cortés, ¿a que sí? ¿A que todos pagamos? Y ese, el primero y más que ninguno.

Había un mar, tal como me anunció el guardia. Conque de poeta, nada. Era la pura verdad.

Un mar.

Y un barco esperándome, que desplazaba miles de toneladas. Los llaman cruceros y no es una forma sarcástica de ponerle nombre al invento, sino que al menos en parte es cierto que son cruceros, ya que por la tarde se puede estar un rato en cubierta tomando el fresco.

Si uno acepta embarcarse, obtiene una rebaja en la pena. A cambio, hay que someterse a un horario laboral. Mi compañero de celda había oído que el trabajo consistía en desmontar motos de desecho. No es tan penoso como parece, porque viajar ahuyenta la melancolía de los sitios cerrados con rejas. Encima, el mar no suele ser el mismo mar todos los días, siempre y cuando uno esté dispuesto a mirarlo con buenos ojos.

Muy pocos conocen las facilidades que el servicio penitenciario pone a disposición de los reclusos, esta en concreto solo está disponible para los que han acreditado buena conducta. En general, es una oferta muy restringida, porque en altamar hay riesgos que no se corren en tierra, y es obligatorio firmar un consentimiento.

Mi hermano ya lo había firmado cuando me pidió que me cambiara por él.

Y yo me enteraba entonces.

Aquí tienes tu copia.

En seguida reconocí la voz del guardia, un poco tomada por el resfriado, o igual es que tenía vegetaciones. Pasó una hoja por debajo de la puerta y luego oí que se alejaba como quien no quiere saber nada más.

Cogí la hoja, naturalmente. Iba dirigida a mi hermano, ponía su nombre y nuestro apellido. La leí muy despacio y

vocalizando bien para enterarme de los detalles, yo apenas veía de cerca y tenía que achinar los ojos.

Por delante era una autorización para embarcar, con sello del Ministerio del Interior. Por el otro lado, un consentimiento de mi hermano que eximía de cualquier responsabilidad a las autoridades.

Me volví hacia mi compañero de celda. Era una de esas personas que no te miran a la cara cuando te hablan, mejor para mí. Y eso que cuando dos gemelos están juntos aún se les puede distinguir, pero si falta uno es más difícil. Quería ver si él podía explicarme qué era eso de un viaje en barco al día siguiente, aunque solo fuera por encima.

Bueno, es lo que pediste, ¿no? A mí el mar me da dolor de cabeza, pero es cierto que la condena la reducen bastante. A veces incluso la dan por cumplida, según. En serio, igual te echo de menos. Pero a Maravilloso Cortés seguro que ni un minuto.

Supuse que también él embarcaba.

¿Quién, Maravilloso? Por supuesto, dijo mi compañero de celda. Firmó contigo y ahora resulta que no te acuerdas. Ayer estuvo pasando la revisión médica. La doctora Adelaida es de las mejores, me parece que también va con vosotros.

Vista y no vista, mi reclusión. Al menos, mi reclusión en tierra. Ahora entendía por qué nos abrieron el pabellón de visitas a nosotros dos. El resto de los presos que embarcaban se anticiparon y no habían dejado las despedidas para el último día.

Mi hermano podría haberme avisado, porque a mí sí que me gusta el mar. Y viajar, aún más. Salvo para ir a Córcega, no he tenido muchas ocasiones de hacerlo, porque meter a un hombre de 2,31 de estatura en un coche no es fácil, tiene que ser una furgoneta, y menos aún en transporte colectivo,

donde hay que compartir espacios con otros pasajeros. El barco es otra cosa.

No sé por qué se lo calló. ¿Acaso se imaginaba que, de haberlo sabido, no hubiera aceptado cambiarme por él? Pues estaba equivocado. Si probar otros aires a nadie le va mal, si viajar es lo mejor que hay.

Seguro que ya tenía pensado cómo darme el relevo cuando atracáramos.

Me iba y eso me libraba de conocer los tediosos días en prisión de los que se quejan a menudo los reclusos. Qué forma de sucederse los acontecimientos en la cárcel, donde se supone que el tiempo se para. No sé por qué dicen que en un sitio así la vida no tiene gracia.

Mi compañero de celda se puso a tararear entonces una canción alegre y de festival. Quizás era una de esas personas que tan pronto están en lo más alto de la felicidad como se echan a llorar sin motivo.

Se sentó en el catre. Luego sacó un periódico de debajo de la almohada.

Toma, dijo. Se pasó la lengua por los dientes de arriba y añadió: Ponlo con la copia del consentimiento y que no te lo vea nadie.

Porque perdería mi puesto en la biblioteca por robarlo, igual me mandaban otra vez a la lavandería.

Como que me llamo Sobrino que no me explico para qué lo quieres. Si de ti no se habla, es de Maravilloso Cortés. Pero dijiste que te lo querías llevar.

Que te lo recordara el último día.

Pues aquí está.

Yo no tenía mis gafas para ver de cerca porque se las había llevado mi hermano, que debía de ser quien dispuso que